
Hablar con Jesús

**ORAR CON
TERESA DE LISIEUX**

José Pedro Manglano Castellary

8ª edición

DESCLÉE DE BROUWER

ÍNDICE:

Breve biografía	7
1. ¡Cómo ama Jesús!	9
2. La vida, una historia de amor . . .	23
3. Oración	53
4. La vida de infancia:	
Los pequeños esfuerzos	67
5. Humildad y abandono	95
6. Sufrimiento y alegría	113
7. Locuras de amor	131
8. Gracias y pruebas	147
9. Vocación	163
10. Sed de almas	181
11. Dirigida y directora	197
12. Caridad	211
13. Verdadera pobreza	225
14. María	235

A Dios sí se le puede conocer. Dios vive. En la vida de muchas personas podemos encontrar la presencia y la acción de Dios.

Es una suerte poder entrar y pasarse en la interioridad de una persona santa. Y Teresita de Lisieux, ahora doctora de la Iglesia, nos mete con gran sencillez en su intimidad.

En las siguientes páginas recogemos textos, escritos por ella, en los que abre su corazón con la intención de llevar a cabo la «misión de hacer amar a Dios como yo le amo», como ella misma escribe (Carta 17).

Los textos están tomados de sus obras completas. Teresa de Lisieux escribe tres manuscritos (A, B y C) autobiográficos, contando la historia de su alma. Además escribe poesías, oraciones y más de 250 cartas. Las que convivieron con ella durante su enfermedad, recogieron por escrito las *Últimas conversaciones*. Los textos correspondientes a sus tres manuscritos y a las oraciones tienen la referencia concreta, con el fin de que se pueda contextualizar el texto si se quiere. Los demás provienen de sus cartas y de las últimas conversaciones. Ponemos entre corchetes las palabras o frases que hemos añadido con el fin de facilitar la comprensión de los textos.

BREVE BIOGRAFÍA

Dos de Enero de 1873: Luis y Celia Martín tienen el noveno de sus hijos, Teresa. Cuatro de ellos han muerto siendo todavía muy pequeños.

Nacen y viven en Alecon. Luis, su padre, es una persona buena y piadosa. Su profesión es la de relojero y joyero artesano. Su madre, Celia, hace trabajos de encaje. El agotamiento físico consume su vida prematuramente y muere tras grandes sufrimientos el 28 de agosto de 1877, a la edad de cuarenta y cinco años. Teresa tiene, entonces, tres años.

Sus cuatro hermanas mayores, María, Paulina, Leonia y Celina cuidan de la pequeña Teresa. Aunque la mayor, María, cuenta con diecisiete años, su padre decide trasladarse a Lisieux, con el fin de que sus hijas estén más cerca de su tía, la señora Guerin. En Lisieux pasará Teresa más de diez años.

Pequeña todavía, siente una clara vocación por entrar en el Carmelo, e ingresa en éste a los quince años.

Teresa muere a los veinticuatro años, el 1 de octubre de 1897, tras varios de padecer la dolorosa enfermedad de la tuberculosis. Los últimos años vive una oscuridad espiritual, unas pruebas de fe muy grandes, junto con unos sufrimientos físicos, provocados por su enfermedad, muy agudos. Pasa un verdadero martirio.

En esta última época de su vida lleva a cabo el encargo de exponer por escrito su «doctrina»: esas páginas recogen los recuerdos de su vida: las luchas, alegrías, gracias y pruebas...: confidencias que nos llegan de su propia mano.

1

¡Cómo ama Jesús!

1.1 Reconozco que, sin Él, habría podido caer tan bajo como santa María Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Señor a Simón resuenan con gran dulzura en mi alma... Lo sé muy bien: «Al que poco se perdona, poco se ama». Pero sé también que mi Jesús me ha perdonado mucho más que a santa María Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado, impidiéndome caer.

(Ms A Fol. 38v°)

2.1 Supongamos que el hijo de un doctor muy competente encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente

curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, objeto de la ternura previsor de su padre, si desconoce la desgracia de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le amará menos que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo amará todavía mucho más?

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un Padre que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los justos, sino a los pecadores. Él quiere que yo le ame porque me ha perdonado, no mucho, sino todo. No ha esperado a que yo le ame mucho, como Santa María Magdalena, sino que ha querido que yo sepa hasta qué punto Él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a Él ¡con locura!

(Ms A Fol. 38v°)

3.1 Nunca había oído decir que las faltas pudiesen *no desagradar a Dios*. Esta seguridad me colmó de alegría y me

hizo soportar pacientemente el destierro de la vida...

En el fondo de mi corazón estaba convencida de que era así, pues Dios es más tierno que una madre.

De hecho, ¿no estáis vos, Madre mía querida, siempre dispuesta a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que os hago objeto involuntariamente?... ¡Cuántas y qué dulces pruebas tengo de ello!... Ningún reproche me conmostraría tanto como una sola de vuestras caricias. Soy de un carácter tal, que el temor me echa para atrás, mientras que el *amor*, no sólo me hace correr, sino *volar*...

(Ms A Fol. 81r^o)

4.1 Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequeñito, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo espíritu de amor dijo también: «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho».

Y como si no bastaran todas estas promesas, el mismo profeta, hundiendo su inspirado mirar en las profundidades eternas, exclama en nombre del Señor: «A la manera que una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo a vosotros. Os llevaré en mi regazo y os acariciaré sobre mis rodillas».

¡Oh, madrina querida! Después de semejante lenguaje, no queda más que callar, que llorar de agradecimiento y de amor...

5.1 ¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la montaña del amor, ya que Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono y agradecimiento, puesto que dijo en el salmo XLIX: *«No necesito de los machos cabríos de vuestros rebaños, porque todas las bestias del bosque y los miles de animales que pastan en las colinas me pertenecen. Conozco todas las aves de las montañas... Si tuviese hambre, no os lo diría a vosotros, pues la tierra entera, con todo lo que contiene, es mía. ¿Es que tengo que comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos?... INMOLAD a DIOS SACRIFICIOS de ALABANZA y de ACCIÓN DE GRACIAS».*

He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara *no tener necesidad de decirnos si tiene hambre*, no valiera en *mendigar un poco de agua de la samaritana*. Tenía sed... Pero al decir: «*dadme de beber*», era el *amor* de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor...

(Ms A Fol. Iv°)

6.1 La primera vez que Jesús se sirvió de su pincelillo fue hacia el 8 de diciembre de 1892. Siempre recordaré aquella época como un tiempo lleno de gracias. Voy a confiaros, Madre mía querida, los dulces recuerdos que de Él guardo.

Cuando tuve la dicha de entrar en el Carmelo, a los quince años, encontré en el noviciado a una compañera que había ingresado algunos meses antes.

Era ocho años mayor que yo, pero su carácter infantil borraba la diferencia de los años, y pronto pudisteis comprobar con agrado, Madre mía, que vuestras dos pequeñas postulantes se entendían a las mil maravillas y se hacían inseparables.

Para favorecer este afecto naciente, que os parecía que había de dar buenos frutos, nos

permitisteis tener juntas, de vez en cuando, algunas pláticas espirituales.

Mi queridita compañera me encantaba por su inocencia, por su carácter expansivo. Pero por otra parte, yo quedaba asombrada al ver cuán diferente era el afecto que ella os tenía del que os tenía yo. Había, además, en su conducta para con las hermanas muchas cosas que yo hubiera deseado ver corregidas...

Dios me hizo comprender por entonces que hay almas a las que su misericordia no se cansa de esperar, a las que no da su luz sino por grados. Por eso, me guardaba mucho de adelantar la hora de Dios, y esperaba pacientemente a que Jesús tuviese a bien hacerla llegar.

(Ms C Fol. 20 v°)

7.1 ¡Qué hermosa es nuestra religión! En vez de encoger nuestro corazones —como cree el mundo—, los eleva y los hace capaces de amar: de amar con un amor casi infinito, ya que está llamado a continuar después de esta vida mortal, que no se nos ha dado sino para alcanzar la patria del cielo, donde volveremos a encontrar a los seres queridos a los que hemos amado en la tierra. Pero también experimenté otra cosa, y es que

muchas veces Dios se conforma con nuestra voluntad. Él lo pide todo, y si le negamos la más mínima cosa, nos ama demasiado para forzarnos; pero cuando nuestra voluntad se ajusta a la suya, cuando ve que sólo le buscamos a Él, entonces se comporta con nosotras como se comportó en otro tiempo con Abraham...

8.1 Sí, fue una verdadera locura venir a buscar a los pobres corazoncitos de los mortales para convertirlos en su trono. Él, el Rey de la gloria, que se sienta sobre los querubines. Él, cuya presencia no pueden contener los cielos... Nuestro Amado tenía que estar loco para venir a la tierra a buscar a los pecadores para hacer de ellos sus amigos, sus íntimos, sus semejantes. ¡Él, que era perfectamente feliz con las otras dos personas de la Trinidad, dignas de adoración...! Nosotras no podremos nunca hacer por Él las locuras que Él hizo por nosotras, y nuestras acciones no merecerán nunca ese nombre, porque no son sino hechos muy razonables y muy por debajo de lo que nuestro amor quisiera realizar. Es, pues, el mundo el insensato, pues ignora lo que Jesús hizo por salvarlo; es él el acaparador que seduce a las almas y las lleva a fuentes sin agua...

9.1 Te aseguro que Dios es mucho mejor de lo que piensas. Él se conforma con una mirada, con un suspiro de amor... Y creo que la perfección es algo muy fácil de practicar, pues he comprendido que lo único que hay que hacer es ganar a Jesús por el corazón... Fíjate en un niño que acaba de disgustar a su madre montando en cólera o desobediéndola. Si se mete en un rincón con aire enfurruñado y grita por miedo a ser castigado, lo más seguro es que su mamá no le perdona su falta; pero si va a tenderle sus bracitos sonriendo y diciéndole: «Dame un beso, no lo volveré a hacer», ¿no lo estrechará su madre tiernamente contra su corazón, y olvidará sus travesuras infantiles...? Sin embargo, ella sabe muy bien que su pequeño volverá a las andadas en la primera ocasión, pero no importa: si vuelve a ganarla otra vez por el corazón, nunca será castigado...

10.1 [*Poco antes de su muerte, dice a su hermana mayor*]: Alguien podría creer que si tengo una confianza tan grande en Dios es porque no he pecado. Madre mía, di muy claramente que, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de

ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida.

(Últimas conversaciones II VII)

11.1 Quisiera tratar de hacerte comprender con una comparación muy sencilla cómo ama Jesús a las almas que confían en Él, aun cuando sean imperfectas. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviesos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno de ellos se echa a temblar y se aleja de él aterrizado, llevando en el corazón el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja en los brazos de su padre diciendo que lamenta haberlo disgustado, que lo quiere y que, para demostrárselo, será bueno en adelante. Si, además, este hijo pide a su padre que lo castigue con un beso, yo no creo que el corazón de ese padre afortunado pueda resistirse a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce. Sin embargo, no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón... Sobre el primer hijo, no te digo nada, usted mismo comprenderá si su padre podrá amarle tanto y tratarle con la misma indulgencia que al otro...